

Lydus barbarus (Plaut. *Bacch.* 121-124). Caracterización cómica y función dramática del pedagogo

1. *La condición de pedagogo en la antigüedad. Caracterización cómica y función dramática de Lido*

En el período clásico de la antigua Grecia, el pedagogo se hacía cargo de los cuidados del niño desde que éste, a la edad de siete años, se iba desprendiendo de la nodriza y de la vigilancia materna e iniciaba su educación fuera de casa. El pedagogo era, en principio, el acompañante que lo llevaba a la escuela, a la palestra, al hipódromo o a cualquier otro lugar público o privado; cumplía ante todo una labor de ayuda y custodia; pero la figura del pedagogo evolucionó hasta adquirir una función educadora plena en la época helenística (Daremberg-Saglio 1969: 272 s.; Marrou 1970: 174 s.); así, trataba de templar el carácter de su pupilo inculcándole buenos modales y velaba por su conducta, sin abandonarlo hasta la adolescencia.

El pedagogo era de condición servil; es más, este servicio se reservaba a esclavos viejos; en el catálogo de máscaras de Julio Pólux, erudito del siglo II d. C., el esclavo pedagogo (ὁ πάππος) se distingue por su avanzada edad y su pelo canoso (Della Corte 1975a: 171; 1975b: 371); se les otorgaba este destino cuando ya resultaban inútiles para trabajos que requerían mayor esfuerzo físico; pero quizás hay otra razón; y es que la vejez no deja de ser un antídoto contra la pederastia de los educadores.

La costumbre inveterada de abandonar la educación de los hijos en manos tan endebles suscitó las críticas, entre otros escritores, del filósofo Platón: «A tí, en cambio, Alcibíades, Pericles te ha dado como guardián en tu infancia, uno de sus esclavos que los años hacían totalmente inútil, Zópiro el Tracio» (*Alcib.* 1, 122 b); sin duda, los pedagogos podían superar la debilidad física con su

poder doctrinal; el momento en que quizás se sentían más inútiles era aquél en que el discípulo ya crecido se emancipaba de su tutela y prefería otro maestro; a celos profesionales parece sonar la reacción de Zópiro contra el nuevo maestro de Alcibiades; en efecto, aquél, que no en vano descubría el carácter de las personas a través del estudio fisonómico, se atrevió a motejar a Sócrates, por su cuello rollizo de estúpido e imbécil:

Stupidum esse Socraten dixit et bardum, quod iugula concaua non haberet: obstructas eas partes et obturatas esse dicebat; addidit etiam mulierosum, in quo Alcibiades cachinnum dicitur sustulisse (Cic. *Fat.* 5, 10).

«Dijo que Sócrates era estúpido e imbécil, porque no tenía cavidad alguna en su cuello; decía que aquella parte de su cuerpo estaba obstruída y obturada; añadió también que era un mujeriego, a lo que Alcibiades, se dice, soltó una carcajada».

La ironía del calificativo de «mujeriego» queda patente si se piensa en las inclinaciones homosexuales del gran filósofo ateniense que se sentía atraído por los discípulos jóvenes y bellos, entre los que descollaba precisamente Alcibiades (cf. Platón, *Prot.* 309 a; García Gual 1982: 502, n. 1).

No era, sin embargo, la edad provectora el mayor inconveniente de los antiguos pedagogos, sino su origen extranjero. El preceptor de Alcibiades era Tracio como nos ha dicho Platón. El origen bárbaro, por lo demás común a otros esclavos, se revela, en primer lugar, en el nombre gentilicio que suelen llevar y a veces se delata en el acento foráneo de su lengua: oigamos el testimonio de Sócrates recogido en el *Lisis* de Platón (223 a):

«Dicho esto me pasó por la cabeza poner en movimiento a algún otro de los mayores. Pero, en ese momento, como aves de mal agüero, llegaron los pedagogos, el de Menéxeno y el de Lisis, con los hermanos de ellos, y les llamaban, mandándoles ir a casa. Ya había caído la tarde. Primero nosotros y después los que nos rodeaban intentamos echarlos; pero no nos hacían caso, sino que continuaban con su mal griego (ὑποβαρβαρίζοντες), enojados y sin dejar de llamarlos» (Lledó 1982: 315 s.). El griego bárbaro de los pedagogos en nada beneficiaba el desarrollo natural de la lengua materna de sus pupilos; pero en este sentido causaban mayor estrago las nodrizas; de ahí que Quintiliano (*Inst.* 1, 1, 4), siguiendo el buen criterio del estoico Crisipo, recomienda elegir las con una dicción

correcta. La referencia a la nodriza como precursora de la labor educativa del pedagogo es inevitable en la literatura clásica.

Con tales trazas, el pedagogo de edad avanzada y de origen bárbaro era un personaje que se prestaba a la representación cómica. Su figura se encuentra, al menos, en dos comedias de Menandro; en *El Escudo (Aspis)* el pedagogo *Daos* se halla estrechamente unido a su dueño; en cambio, en *El doble Burlador*, traducción más exacta que *El doble Engaño* del griego *Dis Exapatôn*, *Lydós* se enfrenta a un pupilo licencioso y a un padre consentidor (Webster 1974: 41 s.). Este Lido menandro es el modelo del *Lydus* plautino que aparece en *Las Báquides (Bacchides)* (Schottlaender 1973).

En los fragmentos papiráceos del *Dis Exapatôn*, descubiertos hace veinticinco años, sólo se conservan, al principio, dos breves intervenciones del Lido griego. Por Plauto sospechamos que debía de tener un papel importante dentro de los límites propios de un personaje secundario para el desarrollo de la acción; pero sin duda el autor latino explotó la fuerza cómica del personaje, su pedantesca gravedad moral, más allá del original (Questa 1975: 34). *Las Báquides* es la comedia de Plauto en que los problemas educativos adquieren cierto relieve y no es casualidad que su modelo fuera Menandro, el mismo que inspiró a Terencio las dos comedias, *Heautontimorumenos* y *Adelphoe*, en las que se plantea, con mayor profundidad que en la plautina, el contraste entre dos sistemas educativos, uno más rígido y el otro más tolerante y moderno (Duckworth 1971: 286 s.); pero mientras en Terencio la cuestión se trata desde la perspectiva de los padres, en Plauto se ofrece el punto de vista del pedagogo que se presta más a la consideración cómica. Aun manteniendo su figura de pedagogo griego, el Lido plautino no deja de adquirir ciertos rasgos morales romanos y, por ello, debiera haber merecido mayor atención que la simple mención en la monografía de Boulogne (1951: 10, 14 s.).

Lido interviene activamente en tres escenas de *Las Báquides* (Cf. García-Hernández 1993). En la primera (3, 2: 109-169) aparece siguiendo a su joven dueño Pistoclero, a quien recrimina su conducta licenciosa, el haber perdido la vergüenza y el echar a perder su labor educadora; comprueba cómo el discípulo se emancipa de su magisterio y prefiere la compañía de una amiga; cómo ya no siente ninguna estima por las enseñanzas recibidas y no duda en hacer valer su condición social superior para amenazarlo, entre alusiones a ilustres ayos legendarios. Pistoclero viene a decirle que

hará de él un Lino, maestro de música de Hércules, a quien el discípulo, duro de oído, mató golpeándolo con la lira; y Lido le replica que más bien se convertirá en un Fénix, compañero de Aquiles en la guerra de Troya, que cumplió el triste deber de anunciar a Peleo la muerte de su hijo. Tal es el lugar de perdición en que aquél quiere meterse que, como ha dicho al comienzo de la escena, ni el mismo Licurgo, el estricto legislador de Esparta, podría sustraerse a la corrupción. Estos parangones legendarios debían de hallarse en la comedia de Menandro (Fraenkel 1972: 25 s.); pero Plauto supo aprovecharlos para resaltar la sapiencia del pedagogo.

En la segunda escena (3, 1: 368-384), Lido irrumpe con un monólogo paratrágico en el momento en que sale escandalizado de casa de las meretrices que dan título a la comedia, como si fuera el mismo infierno (368-370):

LY. *Pandite atque aperite propere ianuam hanc Orci, obsecro.
Nam equidem haud aliter esse duco, quippe quo nemo aduenit,
nisi quem spes reliquere omnes esse ut frugi possiet.*

«LIDO. De prisa, abrid de par en par la puerta de este infierno, por favor; pues, en verdad, no creo que sea otra cosa este lugar, adonde nadie llega sino quien ha perdido toda esperanza de ser hombre de bien».

En estas últimas palabras se inspira la inscripción que Dante puso sobre la puerta del Infierno (*Canto 3, 9*) en su *Divina Comedia*:

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.

Seguidamente, equipara a las dos hermanas Báquides con las bacantes cuyas fiestas hacían furor a la sazón, hasta el punto de dar lugar al famoso senadoconsulta *De Bacchanalibus* del año 186, por el que se prohibían sus ritos orgiásticos. De momento, la reacción censora de Lido es de no callar y denunciar la infamante conducta del hijo a su padre.

En la tercera escena (3, 3: 405-499) lamenta la actitud indulgente de Filóxeno hacia la conducta licenciosa de su hijo y lo hace responsable de la perdición de éste:

LY. *Ei mihi, ei mihi, istaec illum perdidit assentatio.
Nam absque te esset, ego illum haberem rectum ad ingenium bonum:
nunc propter te tuamque prauus factus est fiduciam Pistoclerus*
(411-414).

«LIDO. ¡Ay de mí, ay de mí! ese afán de consentir lo ha echado a perder. Pues si no hubiera sido por tí, yo lo habría enderezado

por el buen camino. Ahora por tu culpa y por tu connivencia Pistoclero se ha pervertido».

A continuación, entona una *laudatio temporis acti*; recuerda a Filóxeno que él ni con veinte años podía separarse del pedagogo y cómo pasaba el día, lejos del prostíbulo, ejercitándose en la palestra o en casa practicando la lectura, siempre bajo la rígida férula del pedagogo:

*LY. Inde de hippodromo et palaestra ubi reuenisses domum
cincticulo praecinctus in sella apud magistrum adsideres:
cum librum legeres, si unam peccauisses syllabam,
fieret corium tam maculosum quam est nutricis pallium (431-434).*

«LIDO. Cuando de allí, del hipódromo y la palestra, regresabas a casa, ceñido con un pequeño cinturón te sentabas en una silla junto a tu preceptor; si al leer tu libro, te equivocabas en una sola sílaba, tu piel se cubría de tantos cardenales como manchas tiene el manto de una nodriza».

Pero lo peor no es que hayan pasado los tiempos en que el discípulo se mantenía obediente al maestro hasta iniciada la carrera política; lo más grave —sigue argumentando Lido— es que ahora, si pones la mano encima a un mocoso que no ha cumplido siete años, es decir, sin apenas haber salido de los brazos de la nodriza, te rompe la cabeza con el tablero de escribir y, por si fuera poco, su padre, ufano de la hazaña del hijo, dicta sentencia a favor del agresor, con la consiguiente reprimenda para el pedagogo:

*PH. Alii, Lyde, nunc sunt mores. LY. Id equidem ego certo scio.
Nam olim populi prius honorem capiebat suffragio
quam magistro desinebat esse dicto oboediens;
at nunc, priu' quam septuennis est, si attingas eum manu,
extemplo puer paedagogo tabula dirumpit caput.
Cum patrem adeas postulatam, puero sic dicit pater:
«noster esto, dum te poteris defensare iniuria».
Prouocatur paedagogus: «eho senex minimi preti,
ne attigas puerum istac caussa, quando fecit strenue» (437-445).*

«FILOXENO. Ahora, Lido, las costumbres son otras.

«LIDO. Eso lo sé bien de cierto. Pues en otro tiempo se aspiraba a los cargos públicos antes de emanciparse de la obediencia debida al preceptor. Pero ahora, si pones la mano encima a un niño que no ha cumplido siete años, éste al punto descalabra al pedagogo con la tablilla de escribir. Cuando vas a reclamar a su

padre, este habla así al niño: ‘No dejes de llevar nuestra sangre, mientras puedas defenderte de una agresión’. Se hace comparecer al pedagogo: ‘Oye, viejo despreciable, no toques al niño por ese motivo, puesto que se ha portado valientemente’».

Si al pedagogo que Plauto presenta en escena le tocó vivir un profundo cambio de costumbres de una generación a otra, la indisciplina y la rebelión del discípulo descritas por él son, en cambio, una constante histórica; y por ello, resultan muy actuales. Hoy, como antaño, siguen siendo noticia los maestros descalabrados por discípulos insumisos que reciben, además, el aplauso de padres in-temperantes.

El padre y el pedagogo se encuentran con Mnesíloco, amigo de Pistoclero, que no deja de extrañarse de la dura reprobación que hace Lido de la conducta de éste; y no duda en salir en defensa del amigo, a quien había encomendado la búsqueda y custodia de su amada, Báquide de Samos; pero el pedagogo no tiene pelos en la lengua para describir la escabrosa escena de prostíbulo que no ha podido menos de ver, mientras su discípulo metía mano a la meretriz:

*LY. Itane oportet rem mandatam gerere amici sedulo,
ut ipsus osculantem in gremio mulierem teneat sedens?
Nullon pacto res mandata potest agi, nisi identidem
ad papillas manus ferat, labra a labris nusquam auferat?
Nam alia memorare quae illum facere uidi dispudet:
Quom manum sub uestimenta ad corpus tetulit Bacchidi
me praesente, neque pudere quicquam. Quid uerbis opust?
mihi discipulus, tibi sodalis periit, huic filius;
nam ego illum periisse dico quoi quidem periit pudor (477-485).*

«LIDO. ¿Conviene ejecutar el encargo de un amigo de forma tan solícita como para tener, sentado él, a la mujer en su regazo, mientras ella lo besa? ¿No puede hacerse el encargo de ningún otro modo sino llevando continuamente las manos a sus tetas y no quitando ni un instante los labios de sus labios? Pues me da mucha vergüenza recordar otras cosas que le he visto hacer, cuando metió mano bajo el vestido hasta el cuerpo de Báquide en mi presencia, y no le dio pizca de vergüenza... ¿Qué necesidad hay de palabras? Yo he perdido un discípulo, tú has perdido un compañero, éste un hijo. Pues yo digo que se ha perdido el que ha perdido, claro está, la vergüenza».

Las crudas palabras del pedagogo provocan una amarga reacción en Mnesíloco que se cree traicionado por su amigo y su amada; Filóxeno y Lido interpretan esta actitud como pesar por la conducta del amigo y le confían la vuelta al camino recto del hijo y discípulo:

*LY. Mnesiloche, cura, ei, concastiga hominem probe,
qui dedecorat te, me, amicosque alios flagitiis suis (498-499).*

«LIDO. Mnesícolo, cuida de él; ve y no dejes de reprender bien a un perdido que te deshonra a tí, a mí y a otros amigos con sus escándalos».

Evidentemente, ambos se engañan, pues Mnesícolo no está menos cogido en las redes meretricias que su amigo. Con esas palabras cierra Lido su papel de severo preceptor en la comedia. Es el suyo un papel típico de pedagogo, bien caracterizado en sus condiciones personales, morales y profesionales, que conviene encuadrar en el conjunto de la acción dramática.

En la comedia se desarrolla una peripecia amorosa en la que el joven Mnesíloco trata de conseguir la liberación de su amada Baquis de Samos en manos del militar Cleómaco: en esta empresa colabora desde el principio Pistoclero que, a su vez, se enamora de Baquis de Atenas, hermana gemela de la anterior, cuya existencia ignora Mnesíloco. En medio de esta trama, la función dramática que desempeña el pedagogo es, para expresarnos en términos semióticos (Greimas 1971: 273), la de Oponente a los intereses del Sujeto (Mnesíloco), en tanto que el discípulo realiza la función de Ayudante (Pistoclero); pero veamos cómo se perfila la función de Oponente en Lido.

En la primera escena de las tres reseñadas, pedagogo y discípulo aparecen juntos, pero este último comprometido ya en la empresa de ayudar a su amigo rechaza toda tutela; el pedagogo, en principio, se opone tan sólo a las pretensiones emancipadoras del discípulo. Pese a la profunda disensión entre ambos, el pedagogo no deja de acompañarlo y lo sigue hasta dentro del prostíbulo. Sólo lo abandona cuando la desvergüenza de aquél rebasa el límite de lo que pueden ver sus ojos (escena segunda). Una vez separado de su discípulo, el pedagogo actúa como firme Oponente de éste, primero ante su padre (405-455) y luego también ante Mnesíloco (456-499), al que induce al error de creerse traicionado por el amigo. En suma, Lido que comienza oponiéndose al Ayudante (Pis-

toclero) termina su papel como Oponente, sin proponérselo, de los intereses del Sujeto (Mnesíloco).

2. *Lydus barbarus; stultior barbaro Potitio*

Plauto subraya la caracterización cómica de sus personajes mediante el nombre que les asigna. El príncipe de los cómicos latinos pone exquisito cuidado en elegir el nombre de los personajes en función de sus papeles. Normalmente, les cambia el nombre que tienen en las comedias originales por otro nombre también griego, pero de mayor colorido y plasticidad (Handley 1975: 123). Así por ejemplo, en *Las Báquides* sustituye el nombre original del esclavo *Syros* por el de *Chrysalus* que le permite aludir al concepto del oro:

Haud dormitandumst: opus est chryso Chrysalo (240):

«No hay que dormirse; Crísalo necesita oro»; como si dijéramos «Crísalo necesita un Creso» o «Crísalo necesita un crisol de oro».

Pero si el nombre originario resulta aprovechable, lo mantiene por la misma razón; tal es el caso de *Lydós* que, como nombre de pedagogo, en forma latina *Lydus* se presta a un curioso calambur con el nombre común *ludus* (Questa 1975: 5), que designa tanto el juego como la escuela. Hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita y asimismo las ediciones modernas presentan una grafía modernizada del texto plautino (Redard 1956: 296 ss.), pues en época del autor se escribía y se pronunciaba *Ludus*, en vez del posterior *Lydus*. Así, Pistoclero no resiste la tentación de jugar con los dos homónimos:

Non omnis aetas, Lude, ludo conuenit (129):

«No toda edad es buena, *Ludo*, para el lúdico juego del amor»; la insistencia del discípulo suscita la protesta del maestro motejado:

PI. *Tace atque sequere, Lude, me. LY. Illuc sis uide.
non paedagogum iam me, sed Ludum uocat* (137-138):

«PISTOCLERO. Calla y sígueme, Ludo.

LIDO. Repara, por favor, en eso; ¡ya no me llama maestro, sino que al decir *Ludo* me llama *Lúdica Escuela!*».

El nombre, tanto si es conservado como si ha sido mudado por Plauto, se ajusta bien a las características del personaje que lo ostenta. Así *Lydus* / *Ludus* es un nombre deíctico que indica la propia profesión (*ludus*: «escuela») y a la vez es antifrástico (Petronne 1989: 237 s.), en cuanto que por *ludus* puede entenderse también el juego amoroso que busca el discípulo y al que el maestro se opone. Resulta un tanto paradójico que hoy, desde posiciones más o menos progresistas y con pretensiones de novedad, se trate de imbuir la escuela de espíritu «lúdico», algo que era connatural a la antigua escuela romana, cuyo nombre (*ludus*) comprendía todo tipo de diversión y entretenimiento.

Si hacemos caso del testimonio de Cicerón, el nombre de *Lydus* debió de ser corriente en la comedia griega:

Nam quid ego dicam de Lydia? Quis umquam Graecus comœdiam scripsit in qua seruus primarum partium non Lydus esset? (Flacc. 65):

«Pues ¿qué puedo decir de Lidia? ¿qué griego escribió jamás una comedia en la que el siervo con el papel principal no fuera Lido?». Se conocen, en efecto, al menos una comedia de Antifanes y otra de Magnes que llevan ese nombre por título (López López 1991: 120); en cualquier caso, la exageración retórica de Cicerón permite deducir que Lidia era, en la comedia griega, tierra proverbial de esclavos. Era normal que éstos recibieran el nombre de su procedencia étnica. Lo mismo que *Lydus* («natural de Lidia»), hay en Plauto otros esclavos que delatan en el nombre su país de origen: *Cario*, *Cilix*, *Geta*, *Messenio*, *Syra*, etc. (López López 1991: ss. uu.).

La homonimia con *ludus* no es el único flanco burlesco que presenta el nombre de *Lydus*; su carácter extranjero, por el que indica al natural de Lidia, es aprovechado por Pistoclero para zaherir a su maestro tildándolo de *barbarus*:

O Lyde, es barbarus (121);

y el mismo calificativo reaparece dos versos más adelante aplicado a un personaje con el que se compara a Lido:

...stultior es barbaro Potitio (123).

Para comprender el alcance alusivo de *barbarus* en este pasaje plautino, conviene hacer algunas consideraciones previas sobre sus

posibles acepciones. La palabra griega Βάρβαρος y la correspondiente latina *barbarus* son onomatopéyicas; con ellas se trata de reproducir la impresión sonora del lenguaje ininteligible, tanto de los pájaros como de los extranjeros (Werner 1918: 390 ss.; André 1978: 2). Entre los griegos, se consideraba «bárbaros» a los no griegos; sin embargo, no con carácter general, pues en Heródoto, por ejemplo, ese término se asigna a los persas, pero no a los egipcios (Hegyí 1977-78: 54 s.) que precedieron a los griegos en la aplicación del mismo concepto y llamaban «bárbaros» a todos los pueblos menos a los que hablaban la propia lengua (Heródoto 2, 158). Ello induce a pensar que la palabra griega no equivalía lisa y llanamente a «extranjero», sino que añadía a este concepto la connotación de «inculto»; con tal significado y connotación lo aplicará Plauto, siguiendo el ejemplo griego, a los propios romanos en sus comedias (cf. Pociña 1976: 427 ss.):

Barbari dicebantur antiquitus omnes gentes, exceptis Graecis. Unde Plautus (Mil. 211) Naeuium poetam Latinum barbarum dixit (Paul. exc. 32, 14 ss.);

pero el nacionalista Catón el Censor se sentía ofendido con el sentido peyorativo del apelativo:

(Graeci) nos dictitant barbaros et spurcius nos quam alios opicos appellatione foedant (Cato, Ad fil. frg. 1= Plin. Nat. 29, 7, 14).

Cicerón romaniza el concepto griego y da a *barbarus* un valor moral que lo convierte en antónimo de *humanus* y sinónimo de *immanis* (Kircher-Durand 1981: 198 s.). Con sentido étnico, los romanos lo aplican a los demás pueblos, excepto a los griegos y a ellos mismos; pero en cualquier caso, se trata de un concepto relativo que indica la no pertenencia a una cultura determinada, como atestigua la experiencia de Ovidio desterrado entre los getas:

Barbarus hic ego sum, quia non intellegor ulli et rident stolidi uerba Latina Getae (Trist. 5, 10, 37-38).

La palabra sigue su evolución histórica y entre los cristianos experimenta idéntico comportamiento. En principio, desde el punto de vista romano, lo judío y lo cristiano es *barbarum*:

Neque nos oportuisse antiquam et patriam (religionem) linquere et in barbaros ritus peregrinosque (sc. christianorum) traduci (Arnob. Nat. 2, 66);

sin embargo, a medida que se va imponiendo la perspectiva judeo-cristiana, es lo gentil y lo pagano lo que se convierte en *barbarum*.

Puede decirse que *barbarus*, por indicar la no pertenencia a una cultura determinada, es un término discriminatorio, con una carga peyorativa, como lo entendía Catón en boca de los griegos: pues bien, el sentido peyorativo («inculto», «ignorante») se acentúa sobre todo en el empleo figurado. Así, *barbarus* se convierte pronto en un término insultante, como otros varios préstamos griegos (Weise 1882: 310), para indicar la estupidez (Lilja 1965: 66), pero más como falta de cultura y de educación que como carencia de inteligencia (Paschall 1939: 11; Opelt 1965: 67 ss.):

Quid narras barbare indomitis cum moribus
inlitterate inlex? (Caecil, 54-55).

Con las explicaciones precedentes, creemos poder interpretar mejor el valor del empleo de *barbarus* en el pasaje mencionado de *Las Báquides* (121-124):

Pl. *O Lyde, es barbarus:*
quem ego sapere nimio censui plus quam Thalem,
is stultior es barbaro Potitio.
qui tantus natu deorum nescis nomina:

«PISTOCLERO. ¡Oh, Lido! eres un bárbaro ignorante; de quien yo pensaba que sabía mucho más que Tales y eres más necio que el bárbaro Poticio, pues con tantos años ignoras los nombres de los dioses».

En esta misma revista, Pociña (1976: 428) aduce este texto como primer testimonio, entre otros varios, en que Plauto aplica el adjetivo *barbarus* para aludir, con intención cómica, al carácter «bárbaro» de los romanos; la referencia romana es clara en el segundo empleo (v. 123), como veremos cuando identifiquemos en la última parte de este trabajo el hasta ahora dudoso sustantivo *poticio* / *putitio* de la tradición manuscrita como *Potitio*; pero esa misma referencia romana no es sostenible para el primer empleo (v. 121); y mucho más improbable es, contra lo que piensa Segal (1968: 97 s.), la hipótesis de que Plauto aluda ahí al puritanismo de Catón el Censor que, según cuenta Plutarco (*Cato Maior* 17, 7), excluyó de la lista del senado a un senador por haber besado a su mujer en público.

En efecto, nada hay en la observación que hace el joven pupilo al viejo pedagogo (*O Lyde, es barbarus*) que sugiera la mínima

referencia al mundo romano. En el contexto precedente Pistoclero enumera las deidades eróticas que reinan en la casa de la meretriz adonde se dirige:

LY. ...*Quis istic habet?*

PI. *Amor, Voluptas, Venu', Venustas, Gaudium, Iocu', Ludus, Sermo, Suauisaiuiatio.*

LY. *Quid tibi commercist cum dis dammosissimis?*

PI. *Mali sunt homines qui bonis dicunt male; tu dis nec recte dicis: non aequum facis.*

LY. *An deus est ullus Sauaisaiuiatio?*

PI. *An non putasti esse umquam? O Lyde, es barbarus (114-121):*

«LIDO. ...¿Quién habita ahí?

PISTOCLERO. El Amor, el Placer, Venus, la Belleza, la Alegría, la Chanza, el Juego, la Conversación, el Dulce Beso.

LIDO. ¿Qué relación tienes tú con dioses tan ruinosos?

PISTOCLERO. Perversa es la gente que habla mal de la gente de bien. Tú no hablas bien de los dioses; no eres justo.

LIDO. ¿Es que es un dios el Dulce Beso?

PISTOCLERO. ¿Es que nunca has pensado que lo fuera? ¡Oh, Lido! eres un bárbaro ignorante».

Así pues, Lido acaba de preguntar a Pistoclero si es que el Dulce Beso es un dios; y éste extrañándose de su ignorancia lo tacha de «bárbaro». Con Fraenkel (1972: 216) cabe entender que Plauto amplió el catálogo de dioses del original y que algunos de éstos representan conceptos abstractos típicamente romanos; en tal caso, sería absurdo suponer que Lido pudiera ser motejado de «bárbaro» con la referencia de «romano», por desconocer precisamente ciertos dioses romanos.

La explicación es bastante más sencilla. Lido debe su nombre a su origen étnico; y el pueblo lidio es considerado bárbaro desde el punto de vista griego y, consiguientemente, también desde el romano, lo mismo que otros pueblos de Asia Menor que mantuvieron un estrecho contacto con el mundo helénico; así Catulo, siguiendo sin duda el modelo griego, califica como «bárbara» la flauta frigia:

barbaraque horribili stridebat tibia cantu (64, 264).

En esta idea nos confirma Kircher-Durand (1981: 197, 200) que deja claro cómo en la acepción geográfica y étnica de *barbarus* que toman los latinos de los griegos predomina la referencia oriental y más precisamente la de los pueblos de Asia Menor; y sorpren-

de comprobar que tal referencia es todavía más frecuente que cualquier otra en Tácito.

Por tanto, Pistoclero asocia en su denuesto el calificativo *barbarus* al nombre étnico de su preceptor, asociación que nosotros interpretamos, mejor que «als lydischer Barbar» (Spranger 1961: 81), «als barbarischer Lydier», pues viene a decirle «eres un lidio bárbaro»; por tanto *barbarus* mantiene aquí su sentido primordial de «extranjero», de extranjero «lidio», por supuesto, desde el punto de vista griego, y no de extranjero «romano». Todo lo más que puede entenderse, desde una perspectiva más próxima al espectador romano, es extranjero «etrusco», pues es sabido cómo en la antigüedad se establecía una relación de parentesco entre los pueblos lidio y etrusco (cf. Verg. *Aen.* 8, 479-480; Hor. *Serm.* 1, 6, 1-2), por lo cual el nombre del antepasado lidio puede sugerir la referencia al descendiente etrusco. De hecho, el danzarín etrusco que recibe el nombre de *ludius* o *ludio* (*quia ister Tusco uerbo ludio uocabatur*, Lúu. 7, 2, 6), derivado, según Dionisio de Halicarnaso (*Ant.* 2, 71, 4) del étnico *lydus*, es considerado igualmente *barbarus* en la famosa serenata (*paraclausithyron*) del *Curculio* plautino, en la que el enamorado pide a los cerrojos de la puerta de su amada que salten y se transformen en danzarines bárbaros:

*pessuli, heus pessuli, uos saluto lubens...
fite caussa mea ludii barbari,
sussilite, opsecro, et mittite istanc foras* (147-151).

Así pues, además del contenido fundamental de «extranjero», el latín *barbarus*, lo mismo que el término griego respectivo, expresa el sentido derivado de «inculto» e «ignorante» (Ussing 1972: 331; Petrone 1983: 33 ss.). Tres palabras en el pasaje que nos ocupa (*sapere, stultior* y *nescis*) confirman la referencia a la ignorancia que indica *barbarus*. Tras la patética exclamación (*O Lyde, es barbarus*), el discípulo manifiesta el desengaño que le produce la ignorancia de un maestro, cuyo saber él había idealizado poniéndolo por delante del de Tales; pero resulta que es más estúpido que el bárbaro —otra vez el mismo calificativo— Poticio, por no conocer los nombres de los dioses patrios de su discípulo. Y no deja de ser curioso que entre los nueve dioses citados se halle precisamente *Ludus* (v. 116), al que Lido por razones homonímicas y profesionales debería especial pleitesía.

Por tanto, el Lido plautino es tildado de *barbarus* por su origen étnico y, claro está, por su ignorancia supina en materia reli-

giosa. El que un maestro se vea menospreciado hasta ese punto por su discípulo crea una situación irónica acorde con la *uis comica* que anima toda la obra de Plauto. Y no debió de ser éste un insulto baldío; la atribución del carácter bárbaro al pueblo lidio adquiere fuerza proverbial en Ausonio:

Barbarus est Lydus, pallax Geta, femineus Phryx (16, 10, 23):

«Barbaro es el lidio, pérfido el geta, afeminado el frigio». Estas caracterizaciones tópicas se apoyan sin duda en la tradición literaria (Alvar 1990: 422, n. 61); así en la escueta aserción de Ausonio resuena el eco de la exclamación infamante de Pistoclero.

Una vez considerados los diversos aspectos bajo los que *Lydus* es *barbarus*, conviene explicar la razón de ser de *barbaro Potitio* en el verso 123: *is stultior es barbaro Potitio*. Donde la tradición manuscrita vacila entre *poticio* y *putitio* y editores y comentaristas observan que no hay constancia ni de la forma ni del sentido de la palabra (Ernout 1935: 25 s.; Questa 1975: 102), nosotros vamos a sostener como absolutamente segura la lectura *Potitio* que hemos adelantado; pero ahora consideremos las razones de los demás.

Se ha perdido la lectura que daba Festo de este nombre con cita incluida del pasaje plautino y, en cambio, se conserva la breve glosa de su compendrador Paulo Diácono, en la que el nombre aparece con la forma *putitius*, sin poder precisar si se trata de un nombre propio o común:

Putitium Plautus (Bacch. 123) dixit pro stulto (Paul. exc. p. 241).

Buecheler (1882: 530) vio en esta palabra la misma raíz de *puer* y como tal propuso que había que interpretarlo; en la misma noción de «pequeño» insiste Ernout que relaciona la forma *putitius*, atribuida por Paulo a Plauto, con *puttus*: «petit garçon, enfant» (Ernout-Meillet 1967 s.u.) y, por otra parte, trata de explicar la forma *poticio* de la tradición manuscrita como una variante dialectal de *pusus*; ni la dificultad de la cantidad breve de la vocal inicial de *poticio* que forma los dos últimos yambos del senario ha sido óbice para mantener semejante parentesco (Ernout 1909: 46, 50). Huelga añadir que la mayor parte de las traducciones modernas se atienen a esta interpretación.

Buecheler trató de confirmar su interpretación del testimonio de Paulo viendo una contraposición entre la referencia infantil de

poticio y la expresión *tantus natu* del verso siguiente que concierne al viejo Lido; pero nada puede probar que ahí haya una contraposición, en vez de un paralelismo; es más, el término en cuestión, sea cual fuere, puede tener también la connotación de vejez, acorde con la edad de Lido. La incógnita puede despejarse si se dan varios pasos consecutivos con el apoyo del propio contexto y el testimonio fehaciente de otros textos latinos.

Ante todo, *poticio* aparece dentro de un segundo término de comparación, lo mismo que *Thalem* en el verso anterior; y el paralelismo con éste invita a suponer que se trata de un nombre propio; si en la comparación precedente el segundo término está representado por Tales (*sapere... plus quam Thalem*), en ésta debe de estar representado por un nombre de la misma categoría (*stultior es barbaro P...*). Por otra parte, no puede ser un nombre griego, como el de Tales, ya que va precedido del adjetivo *barbarus* que excluye esa referencia; pero dentro del ámbito no griego nada impide que sea un nombre romano, puesto que ésa es la aplicación normal de este adjetivo en Plauto.

Por tanto, mejor será pensar, en contra de la opinión de Buecheler, que la doble comparación se establece sobre la equiparación de la avanzada edad de los tres personajes, el Tales griego, el bárbaro desconocido y Lido, y que el contraste concierne tan sólo a los conceptos de sabiduría e ignorancia; el discípulo atribuía a su maestro una sabiduría superior a la de Tales, pero ha resultado ser más ignorante que el bárbaro desconocido. Dos rasgos distinguen, pues, a este ignoto personaje de Tales; a saber, que no era griego y que era un ignorante; pero, por lo demás, debía de ser un personaje histórico o legendario, suficientemente conocido para poder entrar en contraste con el sabio griego. Desde luego, el presunto *Putitius*, atestiguado en los *Excerpta* de Paulo, no satisface mínimamente el parangón con Tales.

En cambio, las cosas varían si pensamos en *Potitius*; éste es el nombre romano del primer sacerdote que se ocupó del culto de Hércules, según testimonian, entre otros, Livio, Virgilio y Servio. No somos los primeros en ver en el pasaje plautino una referencia a la *gens Potitia*, puesto que tal interpretación debe de remontarse a Festo, pero sí lo hacemos con el convencimiento pleno que no han tenido editores y críticos, al menos después de Buecheler. Este rechazó el testimonio que todavía es posible arrancar del texto fragmentario de Festo comentando que el nombre de *Potitio* con-

viene al pasaje plautino «como puño al ojo» (1882: 530), sin duda porque entendía que Poticio, como sacerdote, debía conocer al dedillo los nombres de los dioses y no podría ser término de comparación de la ignorancia de Lido.

Ahora bien, si se lee atentamente la rica información que proporciona Servio (*Aen.* 8, 269-270) sobre el legendario sacerdote de Hércules, se comprenderá que el nombre de *Potitio* cuadra en el verso plautino como anillo al dedo. Pasamos por alto otros detalles sobre *Potitius* y la *gens Potitia* que pueden leerse en Livio (1, 7, 14; 9, 29, 9-11), en Virgilio (*Aen.* 8, 268-272) y en el propio Servio y vamos a fijarnos en una anécdota recogida por este último que resulta determinante para comprender la función proverbial que tiene *Potitio* en el verso plautino:

Quidam tradunt ideo Potitiis ab Hercule sacra commissa, quod cum ipse Hercules, rem diuinam faciens, preces praecaneret, quas Potitius diceret, et pro eo deo, cui Hercules rem diuinam faciebat, ipsum Herculem fortuitu inuocasset Potitius, fertur tunc Herculem accepto omine diuinitatis, reiecto Pinario, perpetuae epulationis sacrum Potitio tradidisse, a quo uidebatur consecratus, et Potitios dici, quod eorum auctor epulis sacris potitus sit... (Seru. *Aen.* 8, 270).

En este relato Poticio aparece, pues, como cooficiante en un sacrificio que preside Hércules y debe responder a las plegarias que inicia éste; pero, en vez de invocar el nombre de la divinidad a la que se ofrece el sacrificio, comete la torpeza de invocar al propio Hércules que está oficiando; este error fortuito —dice Servio— le granjeó la prelación sobre Pinario; no obstante, el hecho de que como sacerdote olvidara el nombre del dios al que tenía que invocar, debió de acarrearle fama de inculto e ignorante. En tales circunstancias, Poticio es un término de referencia ejemplar para un Lido que, según su discípulo, ignora la existencia de un dios tan importante para él como la *Suauisauiatio*.

Poticio es además, como Lido, un *senex*:

inuenti sunt duos senes, uel ut quidam tradunt ab Euandro dati. Pinarius et Potitius (Seru. *Aen.* 8, 269);

pero sobre todo es un sacerdote ignorante, como, en palabras de Pistoclero, Lido es un preceptor ignorante. Además, Poticio es, como Lido, *barbarus* en el sentido de no griego.

Ahora bien, Poticio es el nombre de una antigua familia romana y cabe preguntarse cómo se atrevió Plauto a utilizarlo sin correr el riesgo de pasar por la amarga experiencia de Nevio que sufrió prisión por zaherir a los Metelos. Plauto, que alude en *Miles Gloriosus* (211-212) al rigor del encarcelamiento de Nevio, conocía, sin duda, el terreno que pisaba en materia de alusiones personales. En primer lugar, la referencia a la ignorancia de Poticio debía de ser proverbial y, por tanto, nada comprometedor; y en segundo lugar, la familia de los Poticios no sólo había perdido, sobornada por el censor Apio Claudio, su ministerio sagrado que había pasado al culto público, sino que se había extinguido en todas sus ramas (Bayet 1926: 248 ss.) Apio Claudio es un siglo anterior a Plauto y, por consiguiente, la familia de los Poticios despojada por él y desaparecida poco después debía de estar todavía presente en el recuerdo de los espectadores romanos, pero a nada podía comprometer la referencia a la ignorancia proverbial de su antepasado.

Por si todavía hubiera alguna duda acerca de la lectura *Potitio* en el pasaje de *Las Báquides*, volvamos al testimonio fragmentario de Festo:

<Putitium Plautus in Bacchi> *dibus rettulit in* <stultum... (123):
 «is stul>tior es[t] barbaro p<utitio.»>... <Putitii cum> *ab Hercule ritum* <sacrificandi acceperunt, eum> *millibus aeris gra<uis*
quingenta edocuisse dicuntur> seruos publicos populi Romani:
 <quo facto Putitii intra diem> *XXX, cum eius famil<iae XII*
fuissent, omnes interierunt.> (Fest. p. 240, 18 ss.).

En este texto lacunoso han incluido constantemente los editores la forma *putitius* siguiendo la glosa medieval de Paulo; pero, pese a su carácter fragmentario, son seguras en él las referencias al traspaso del culto de Hércules a los siervos públicos y a la extinción de la *gens Potitia*. Y por si fuera poco, más adelante, en el propio Festo, se atestigua dos veces, con toda evidencia, la grafía *Potitius*, que los editores han preferido frente a la inauténtica de su compendiador, en un texto que refiere la misma trágica historia familiar y con las mismas palabras que se han salvado en el pasaje fragmentario:

Potitium et Pinarium Hercules, cum ad aram, quae hodieque maxima appellatur, decimam bouum, quos a Geryone abductos abiebat Argos in patriam, profanasset, genus sacrifici edocuit. Quae familia et posterii eius non defuerunt decumantibus usque ad Appium Claudium Censorem, qui quinquaginta millia aeris grauis his dedit, ut seruos publicos edocerent ritum sacrificandi: quo

facto Potiti, cum essent ex familia numero duodecim, omnes interierunt intra diem XXX (Fest. p. 270, 5 ss).

Por tanto, el testimonio medieval de la lectura *putitium* en Paulo no puede prevalecer por más tiempo contra el testimonio fragmentario de Festo en el que es indudable la referencia a *Potitius*, tal como se confirma en el texto del mismo autor que acabamos de aducir y en los otros mencionados de Livio, Virgilio y Servio, de los que cabe destacar el de Livio 9, 29, 9-11, por su paralelismo con el de Festo.

Por otra parte, en lo que respecta al verso plautino de *Las B醳quides*, no hay nombre que por su grafía se aproxime tanto como el de *Potitius* a las lecturas (*poticio* / *putitio*) de los manuscritos: todos los elementos del ablativo *Potitio* están presentes entre las dos formas transmitidas que no son sino ligeras desviaciones de la forma correcta, surgidas al dejar de comprender el sentido de ésta. Por último, la escansión diyámbica de *Potitio*, asegurada por Virgilio (*Aen.* 8, 269), es la que conviene al senario yámbico de Plauto:

— — — — —
is stultior es barbaro Potitio.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ Y
 LUCÍA SÁNCHEZ BLANCO

BIBLIOGRAFÍA

- Alvar Esquerra, A. 1990: Décimo Magno Ausonio, *Obras*, 1. Madrid. Gredos.
- André, J. 1978: *Les mots à redoublement en latin*. París.
- Bádenas de la Peña, P. 1986: Menandro, *Comedias*. Madrid, Gredos.
- Bayet, J. 1926: *Les origines de l'Hercule romain*. París.
- Boulogne, R. 1951: *De plaats van de paedagogus in de Romeinse cultuur*. Groningen.
- Buecheler, F. 1882: «Altes Latein». *RhM* 37, 516-530.
- Daremberg, C.-Saglio, E. 1969: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*. Graz.
- Della Corte, F. 1975a: «Maschere e personaggi in Plauto». *Dioniso* 46, 163-193.
- Della Corte, F. 1975b: «La tipologia del personaggio della palliata». *Actes du IX^e Congrès. Association G. Budé*. París, 1 354-393.
- Duckworth, G.: *The nature of Roman comedy. A study in popular entertainment*. Princeton University Press.
- Ernout, A. 1909: *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin*. París.

- Ernout, A. 1935: *Plaute, Bacchides. Commentaire exégétique et critique*. París.
- Ernout, A-Meillet, A. 1967: *Dictionnaire étymologique de la langue latine*. París.
- Fraenkel, E. 1972: *Elementi plautini in Plauto*. Florencia.
- García Gual, C. y otros 1982: *Platón, Diálogos*, 1. Madrid, Gredos.
- García Hernández, B. 1993: *Tito Macio Plauto. Comedias: Anfitrión, Las Báquides. Los Menecmos*. Madrid.
- Greimas, A. J. 1971: *Semántica estructural. Investigación metodológica*. Madrid.
- Handley, E. W. 1975: «Plautus and his public: some thoughts on New Comedy in Latin». *Dioniso* 46, 117-132.
- Hegyí, D. 1977-78: «Der Begriff Βάρβαρος bei Herodotos». *AUB* 5-6, 53-59.
- Kircher-Durand, Ch. 1981: «De Βάρβαρος à barbarus: valeurs et emplois de barbarus chez Cicéron, César et Tacite». *Actes du colloque franco-polonais d'histoire. Les relations économiques et culturelles entre l'Occident et l'Orient*. Université de Nice et Musée d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes, 197-209.
- Lilja, S. 1965: *Terms of abuse in Roman comedy*. Helsinki, Annales Academiae Scientiarum Fennicae.
- López López, M. 1991: *Los personajes de la comedia plautina: nombre y función*. Lérida.
- Lledó, E. y otros: *Platón, Diálogos*, 1. Madrid.
- Marrou, H. I. 1970: *Historia de la educación en la antigüedad*. Buenos Aires.
- Opelt, I. 1965: *Die lateinische Schimpfwörter und verwandte sprachliche Erscheinungen*. Heidelberg.
- Paschall, D. M. 1939: *The vocabulary of mental aberration in Roman comedy and Petronius*. Baltimore.
- Petrone, G. 1983: *Teatro antico e inganno. Finzioni plautine*. Palermo.
- 1989: «La funzione dei nomi dei personaggi nella commedia plautina e nella tragedia senecana», en L. de Finis (cur.), *Scena e spettacolo nell'antichità*. Florencia, 233-252.
- Pociña, A. 1976: «El barbarus en Plauto: ¿crítica social?». *Helmantica* 27, 425-432.
- Questa, C. 1975: *T. Maccius Plautus, Bacchides*. Florencia.
- Redard, G. 1956: «Le rajeunissement du texte de Plaute». *Hommages à M. Niedermann*. Bruselas, 296-306.
- Schottlaender, R. 1973: «Die komische Figur des Pädagogen bei Plautus». *Altertum* 19. 233-240.
- Segal, E. 1968: *Roman Laughter: The comedy of Plautus*. Cambridge, Mass. Harvard University Press.

- Spranger, P. P. 1961: *Historische Untersuchungen zu den Sklavenfiguren des Plautus und Terenz*. Wiesbaden.
- Ussing, J. L. 1972: *Commentarius in Plauti comoedias*, I-II. Hildesheim.
- Webster, T. B. L. 1974: *An introduction to Menander*. Manchester University Press.
- Weise, F. O. 1882: *Die griechische Wörter in der lateinischen Sprache*. Leipzig.
- Werner, H. 1918: «Barbarus». *NJA* 41, 389-408.